

fiestan la sabiduría de su autor? Tan abultado como el mundo sería su libro y no habría apurado la materia, y luego que uno quiere meterse a circunstanciar se olvida la mayor maravilla, que es la armonía y la concordancia del todo. Sola la organización de los cuerpos vivientes y organizados es el abismo del espíritu humano: la insuperable valla que ha puesto la Naturaleza entre las varias especies, para que no se confundieran, manifiesta sus intenciones con la más palpable evidencia. No se ha contentado con establecer el orden; sino que ha tomado medidas ciertas para que nada le pudiera perturbar.

»No hay un sér en el Universo que bajo algún aspecto no se le pueda considerar como centro común de todos los demás, en torno del cual se coordinen todos, de suerte que todos son recíprocamente fines y medios unos con relación a otros. Se pierde y se confunde nuestro espíritu en esta infinidad de relaciones, que ni una sola está perdida o confundida en la Naturaleza. ¡Cuántas suposiciones absurdas hay que hacer para deducir esta armonía del ciego mecanismo de la materia movida fortuitamente! Los que niegan la unidad de intención que se manifiesta en las relaciones de todas las partes de este gran todo, en vano cubren su confusión con abstracciones, coordinaciones, principios generales y términos emblemáticos; hagan lo que quieran, no puedo yo concebir un sistema de seres tan constantemente ordenados sin concebir una inteligencia que le ordene. Me es imposible creer que la materia pasiva y muerta haya podido producir seres vivientes y sensitivos, que una fatalidad ciega haya podido producir seres inteligentes, y que lo que no piensa haya podido producir seres que piensen.

»Por tanto, creo que el mundo está gobernado por una voluntad poderosa y sabia; lo veo así, o más bien

lo siento, y me importa saberlo. Pero ¿este mundo es eterno o creado? ¿Hay un principio único de las cosas? ¿Hay dos o muchos, y cuál es la naturaleza de ellos? No lo sé: ¿y qué me importa? Al paso que me interesen estos conocimientos, haré esfuerzos por adquirirlos; hasta tanto renuncio a cuestiones ociosas que pueden causar inquietudes a mi amor propio; que además son inútiles para conducirme y exceden los alcances de mi razón.

»Acordáos de que no siento como doctrina mi dictamen, sino que le manifiesto. Bien sea eterna o creada la materia, bien haya o no un principio pasivo, siempre es cierto que el todo es uno y anuncia una inteligencia única; porque nada veo que no esté coordinado a un mismo sistema y no concurra al mismo fin, que es la conservación del todo en el orden establecido. Este sér que quiere y puede, este sér activo por sí mismo, finalmente, este sér, sea cual fuere, que mueve el Universo y coordina todas las cosas, le llamo yo Dios. A este nombre agregó las ideas de inteligencia, potencia y voluntad que he reunido, y la de bondad, que es consecuencia necesaria de ellas; mas no por eso conozco mejor al sér que así he llamado; se esconde por igual de mis sentidos y de mi entendimiento; cuanto más pienso en él, más me confundo; sé con toda certeza que existe y que existe por sí mismo; sé que mi existencia está subordinada a la suya, y que todas cuantas cosas conozco se encuentran en el mismo caso. En todas partes reconozco a Dios en sus obras; le siento en mí, le veo en derredor de mí, pero así que quiero contemplarle en sí mismo, así que quiero indagar dónde está, quién es, cuál es su substancia, huye de mí, y perturbado mi espíritu nada distingue.

»Penetrado de mi insuficiencia, nunca discurriré



acerca de la naturaleza de Dios, si no me veo forzado por la conciencia de sus relaciones conmigo. Siempre son temerarios estos ratiocinios y no debe entregarse a ellos un hombre prudente sin estremecerse y estar convencido de que no es capaz de profundizarlos; porque lo más injurioso para la Divinidad no es que no pensemos en ella, sino que pensemos mal.

»Habiendo descubierto los atributos por los cuales concibo su existencia, vuelvo a mí y averiguo qué lugar ocupo en el orden de las cosas que gobierna la Providencia, y qué puedo yo examinar. Sin disputa me encuentro en el primero por mi especie, puesto que por mi voluntad y los instrumentos que para ejecutarla están en mi mano, tengo más fuerza para obrar en todos los cuerpos que me cercan, o para aumentar o atenuar la eficacia de su acción en mí, según me conviene, que la que tiene ninguno de ellos para obrar en mí contra mi voluntad por sólo el impulso físico, y por mi inteligencia soy el único que tiene inspección en el todo. ¿Qué sér en la tierra, si no es el hombre, sabe observar a todos los demás, medir, calcular, prever sus movimientos y afectos, y enlazar, por decirlo así, el sentimiento de la existencia común con el de su existencia individual? ¿Qué, tan ridículo es pensar que todo lo hizo Dios para mí, si soy yo el único que sabe referirlo todo a El?

»Seguramente el hombre es el monarca de la Naturaleza, a lo menos en la tierra que habita; porque no sólo doma los animales todos y dispone por su industria de los elementos, sino que sólo él en la tierra sabe disponer de ellos, y por la contemplación se enseña hasta de los mismos astros a que no puede acercarse. Enséñenme otro animal en la tierra que sepa hacer uso del fuego, que sepa maravillarse él solo. ¡Y qué, he de poder observar y conocer los se-

res y sus relaciones, sentir qué es el orden, la beldad, la virtud, contemplar el Universo, enaltecerme hasta la mano que le rige; he de poder amar lo bueno, practicarlo, y me he de comparar a los brutos! Alma villana, tu triste fisonomía es la que te hace semejante a ellos, pero en vano pretendes envilecerte: tu ingenio reclama contra los principios, tu benéfico pecho desmiente tu doctrina y hasta el abuso de tus facultades comprueba en despecho tuyo su excelencia.

»Yo por mí, que no tengo sistema que sustentar, hombre sencillo y verídico a quien no arrastra la manía de ningún partido, y que no aspiro a la honra de ser caudillo de secta, satisfecho con el puesto en que me ha colocado Dios, después de El no veo cosa mejor que mi especie, y si hubiese de elegir mi lugar en el orden de los seres, ¿qué otro más alto pudiera elegir que el de hombre?

»Esta reflexión me enternece más que me engríe; porque este estado no le elegí yo ni era debido al mérito de un sér que aun no existía. ¿Cómo puedo mirarme tan privilegiado, sin darme el parabién de desempeñar tan honroso puesto y bendecir la mano que en él me colocó? De mi reflexión primera acerca de mí, nace en mi corazón un afecto de gratitud y bendición al autor de mi especie, y de este afecto mi tributo primero a la Divinidad benéfica. Adoro el supremo poder y me enternecen sus beneficios. No necesito que me enseñen este culto, pues me le dicta la misma Naturaleza. ¿No es natural consecuencia del amor de sí mismo amar lo que nos ampara y honrar lo que nos hace bien?

»Mas cuando para conocer luego mi puesto individual en mi especie, contemplo su economía, sus diversas jerarquías y los hombres que las ocupan, ¿dónde estoy? ¡Qué espectáculo! ¿Qué se ha hecho el orden



que había observado? La imagen de la Naturaleza sólo me presentaba armonía y proporciones; la del linaje humano sólo ofrece confusión y desorden. Reina la concordia entre los elementos, ¡y los hombres se hallan en el caos! Los brutos son felices; ¡su rey sólo es miserable! ¡Oh, sabiduría! ¿dónde están tus leyes? ¡Oh, Providencia! ¿así gobiernas el mundo? Sé benéfico, ¿qué es de tu poder? Veo el mal sobre la superficie de la tierra.

»¿Creeríais, amigo mío, que de estas tristes reflexiones y de estas aparentes contradicciones se formaron en mi entendimiento las sublimes ideas del alma, que hasta aquí no habían resultado de mis investigaciones? Meditando acerca de la naturaleza del hombre, reí descubrir en él dos principios distintos: uno que le elevaba al estudio de las eternas verdades, al amor de la justicia y la belleza moral, a las regiones del mundo intelectual en cuya contemplación se cifran las delicias del sabio, y otro que soezmente le retraía a sí mismo, que le esclavizaba al imperio de los sentidos y de las pasiones que son sus ministros, y por ellas anulaba cuantas ideas grandes y nobles le dictaba el sentimiento del primero. Sintiéndome arrastrado y combatido por estos dos contrarios movimientos, decía entre mí: No, el hombre no es uno; yo quiero, y no quiero: a la par me siento esclavo y libre; veo lo bueno, lo apruebo, y obro mal; soy activo cuando escucho la razón, pasivo cuando me arrastran mis pasiones y, cuando me rindo, mi mayor tormento es conocer que podía hacer resistencia.

»Escuchad sin desconfianza, joven, que yo seré ingenuo siempre. Si la conciencia es obra de las preocupaciones, voy sin duda equivocado y no hay moral demostrada; mas si es natural propensión del hombre anteponerse a todo y si, no obstante, es innato el pri-

mer sentimiento de la justicia en el corazón humano, remueva estas contradicciones el que hace al hombre un sér simple, y no reconozco entonces más que una sola substancia.

»Notad que por la voz substancia entiendo, en general, el sér dotado de una cualidad primitiva, haciendo abstracción de toda modificación particular o secundaria: de suerte que, si todas las cualidades primitivas que conocemos se pueden reunir en un mismo sér, no debemos admitir más que una substancia; pero si hay cualidades que recíprocamente se excluyan, habrá tantas substancias diferentes cuantas exclusiones de esta especie puedan hacerse. Esto lo reflexionaréis; diga Locke lo que quisiere, me basta conocer la materia como extensa y divisible para estar cierto de que no puede pensar, y cuando venga un filósofo a decirme que sienten los árboles y piensan las peñas, en vano me enredará en sutiles argumentos, pues sólo podré creerle un sofista de mala fe, que más quiere dar sentimiento a las piedras que conceder al hombre un alma (8).

(8) Me parece que lejos de decir que piensan las rocas, ha descubierto, por el contrario, la filosofía moderna que no piensan los hombres. No reconoce en la Naturaleza más que seres sensitivos, y la única diferencia que halla entre un hombre y una piedra es que el hombre es un sér sensitivo que tiene sensaciones, y la piedra es un sér sensitivo que no las tiene. Pero si es cierto que toda materia sienta, ¿dónde he de concebir la unidad sensitiva o el yo individual? ¿Ha de ser en cada molécula de materia o en los cuerpos agregados? ¿He de colocar esta unidad de materia tanto en los flúidos como en los sólidos, en los mixtos como en los elementos? Sólo individuos hay, dicen, en la Naturaleza. ¿Cuáles son esos individuos? ¿Esta piedra es un individuo o una agregación de individuos? ¿Es un solo sér sensitivo



»Supongamos un sordo que niegue la existencia de los sonidos, porque nunca han hecho impresión en su oído. Pongo delante de él un instrumento de cuerdas, y hago tocar su unísono en un instrumento oculto; el sordo ve vibrar la cuerda, y le digo yo: «Eso lo hace el sonido.—Nada de eso, me responde; la causa de la vibración de la cuerda está en ella misma; es cualidad común de todos los cuerpos el vibrar así.—Pues mostradme, le replico, esta vibración en los otros cuerpos, o, a lo menos, su causa en esta cuerda.—No puedo, me dice el sordo; mas porque no concibo cómo vibra esa cuerda, ¿queréis que vaya a explicarlo por medio de vuestros sonidos de que no tengo la más leve idea? Eso es explicar un hecho obscuro por una causa más obscura todavía. O haced que sienta yo vuestros sonidos, o digo que no existen».

o contiene tantos como granos de arena? Si cada átomo elemental es un sér sensitivo, ¿cómo he de concebir aquella íntima comunicación, en fuerza de la cual uno se siente en otro, de suerte que los dos *yo*s se confunden en uno solo? La atracción puede ser una ley de la Naturaleza cuyo misterio no conocemos; pero a lo menos concebimos que, obrando esta atracción en razón de las masas, no presenta incompatibilidad ninguna con la extensión y la divisibilidad. ¿Lo concebís eso mismo en el sentimiento? Las partes sensibles son extensas, mas el sér sensitivo es indivisible y único; no se parte sino que es todo entero o nulo; luego este sér sensitivo no es cuerpo. No sé de qué modo entienden esto nuestros materialistas; a mí me parece que las mismas dificultades que les han hecho desechar el pensamiento los deberían obligar también a que desechasen el sentimiento, y no veo por qué, habiendo dado el primer paso, no hayan de dar el segundo. ¿Qué les costaría? Y una vez que tan ciertos están de que no piensan, ¿cómo se atreven a afirmar que sienten?

»Cuanto más reflexiono acerca del pensamiento y la naturaleza del espíritu humano, más me convengo de que el raciocinio de los materialistas se parece al de este sordo, y efectivamente, sordos son a la voz interior que les grita en un tono que es difícil no escuchar: una máquina no piensa, no hay movimiento ni figura que produzca la reflexión: en tu interior alguna cosa procura romper los vínculos que se estrechan: el espacio no es tu medida, ni el orbe entero es bastante para ti; tus afectos, tus deseos, tu inquietud, tu misma soberbia, tienen otro principio que ese estrecho cuerpo en que te sientes encadenado.

»Ningún sér material es activo por sí mismo y yo lo soy. En vano me lo niegan; lo siento así, y este sentimiento que en mí habla es más fuerte que la razón que le oponen. Tengo un cuerpo en que obran los otros, y que obra en ellos: esta acción recíproca es indudable; pero mi voluntad es independiente de mis sentidos; consiento o resisto, me rindo o soy vencedor, y en mí propio siento perfectamente cuándo hago lo que he querido hacer, o cuándo no hago otra cosa que ceder a mis pasiones. Siempre tengo potencia para querer, no siempre fuerza para ejecutar. Cuando me dejo llevar de las tentaciones, obro según el impulso de los objetos externos; cuando me echo en cara esta flaqueza, solamente escucho mi voluntad: soy esclavo por mis vicios y libre por mis remordimientos: sólo cuando me depravo y cuando, finalmente, estorbo que se levante la voz del alma contra la del cuerpo, se borra en mí la conciencia de mi libertad.

»No conozco la voluntad sino por la íntima conciencia de la mía, y no conozco de otra manera el entendimiento. Cuando me preguntan cuál es la causa que determina mi voluntad, pregunto yo cuál es la que determina mi juicio; porque es claro que estas dos



causas no son más que una sola, y, si comprendemos bien que el hombre es activo en sus juicios, que su entendimiento no es más que la potestad de comparar y juzgar, veremos que la libertad es otra potestad semejante o derivada de aquélla; elige el bien como ha juzgado la verdad, y si erróneamente juzga elige mal. Pues ¿cuál es la causa que determina su voluntad? Su juicio. ¿Y cuál es la que determina su juicio? Su facultad inteligente, su potestad de juzgar; la causa determinante la tiene dentro de sí mismo. En pasando más adelante, nada entiendo.

»Sin duda no soy libre para no querer mi propio bien, ni soy libre para querer mi mal; mas en eso mismo se cifra mi libertad, en que sólo puedo querer lo que me conviene, o lo que pienso que me conviene, sin que ninguna cosa ajena de mí me determine. De que no soy árbitro de ser otro que yo, ¿se infiere que no sea árbitro de mí mismo?

»Reside el principio de toda acción en la voluntad de un sér libre, y no es posible subir más arriba. La voz que nada significa no es la de libertad, que es la de necesidad. Suponer algún acto, algún efecto que no derive de un principio activo, es verdaderamente suponer efectos sin causa, incurrir en el círculo vicioso. O no hay primer impulso, o todo primer impulso no tiene causa ninguna anterior, y no hay verdadera voluntad sin libertad. Luego el hombre es libre en sus acciones y, como tal, animado por una substancia inmaterial; éste es mi tercer artículo de fe. De estos tres primeros con facilidad colegiréis todos los demás, sin que siga yo contándolos.

»Si el hombre es activo y libre, obra por sí propio; todo cuanto libremente hace está fuera del sistema ordenado por la Providencia y no puede ser imputado a ésta. No quiere Dios el mal que hace el hombre

cuando éste abusa de la libertad que le da; pero no le estorba que le haga, ora porque de parte de un sér tan flaco este mal es nulo a sus ojos, ora porque no pudiera estorbarlo sin violentar su libertad y hacer mayor mal rebajando su naturaleza. Hízole libre, no para que obrase mal, sino bien por su elección; púsole en estado de que hiciera esta elección, usando bien de las facultades de que le dotó; pero de tal manera limitó sus fuerzas, que no pudiese, abusando de la libertad que le dejó, perturbar el orden general. En el hombre recae el mal que éste hace, sin variar en nada el sistema del mundo y sin estorbar que, a despecho de sí mismo, se conserve el género humano. Quejarse de que Dios no le impida obrar mal, es quejarse de que le hizo de excelente naturaleza, de que juntó con sus acciones la moralidad que las ennoblece y de que le dió derecho a la virtud. La dicha suprema es el contento de sí propio, y para merecer este contento somos moradores de la tierra y dotados de libertad, somos tentados por las pasiones y enfrenados por la conciencia. ¿Qué más podía hacer en beneficio nuestro la misma potencia divina? ¿Podía hacer contradictoria nuestra naturaleza, dando el premio de las buenas obras a quien no tuviese la potestad de obrar mal? ¡Qué! por estorbar que fuese malo el hombre, ¿le había de ceñir al instinto y hacerle bruto? No, no; Dios de mi alma, nunca te acusaré de que formaste a imagen tuya la mía, para que como tú pudiera yo ser libre, venturoso y bueno.

»El abuso de nuestras facultades es lo que nos hace desventurados y malos. De nosotros nos vienen nuestros pesares, nuestras zozobras, nuestras congostas; sin disputa el mal moral es obra nuestra, y nada fuera el mal físico sin nuestros vicios que nos le han hecho sensible. ¿No nos hace la Naturaleza sentir nuestras



necesidades para nuestra conservación? ¿No es señal el dolor corporal de que se descompone la máquina, y aviso para que acudamos al remedio? La muerte... ¿No envenenan los malos su vida y la nuestra? ¿Quién querría vivir siempre en medio de ellos? La muerte es el remedio de los males que os hacéis; no ha querido la Naturaleza que padeciéseis siempre. ¡A qué pocos males está sujeto el hombre que vive en la primitiva sencillez! Sin dolencias casi como sin pasiones, ni prevé ni siente la muerte; cuando la siente le hacen que la desee sus achaques, y entonces no es ya para él un mal. Si nos contentáramos con ser lo que somos, no tendríamos por qué lamentar nuestra suerte; pero afanando por un imaginario bienestar, nos acarreamos mil males reales. Mucho le aguarda que padecer a quien no sabe aguantar un leve dolor. Quien con el desarreglo de su vida ha estragado su constitución y con remedios quiere restablecerla, al mal que siente añade el que teme; la previsión de la muerte se la torna horrible y se la acelera; cuanto más se esfuerza en huir de ella, más la siente y toda su vida está muerto de susto, querellándose de la Naturaleza por los males que ofendiéndola se ha hecho él a sí propio.

»Hombre, no busques el autor del mal; que este autor eres tú mismo. No existe otro mal que el que tú haces o padeces, y uno y otro vienen de ti. El mal general sólo se puede hallar en el desorden, y en el sistema del mundo veo un orden que nunca se desmiente. El mal particular sólo consiste en el sér que padece, y no ha recibido el hombre este sentimiento de la Naturaleza, sino que él se le ha dado. Poco halla el dolor donde cebarse en quien, habiendo reflexionado poco, no tiene previsión ni memoria. Quitad nuestros fatales adelantamientos, nuestros errores y nues-

tros vicios, quitad la obra del hombre y todo está bien.

»Donde todo está bien no hay injusticia. La justicia es inseparable de la bondad, y la bondad es efecto necesario de una potencia ilimitada y del amor de sí mismo, esencial de todo sér que siente. El que todo lo puede explaya, por decirlo así, su existencia con la de los seres. Producir y conservar son acto perpetuo de la potencia, que no obra en lo que no existe; Dios no es el Dios de los muertos, y no pudiera ser destructor y malo sin perjudicarse. El que lo puede todo sólo puede querer lo que es bueno (9). Luego el sér soberanamente bueno, porque es soberanamente poderoso, también debe ser soberanamente justo; sin lo cual se contradeciría a sí propio, porque el amor del orden que da origen al orden se llama *bondad*, y el amor del orden que le conserva se llama *justicia*.

»Dios, dicen, nada debe a sus criaturas. Yo creo que les debe todo cuanto les prometió cuando les dió el sér, y prometerles un bien es darles la idea y hacerles que sientan la necesidad de él. Cuanto más me examino, más claro leo escritas estas palabras en mi alma: *Sé justo y serás feliz*. Mas no es así, si contemplamos el actual estado de cosas; prospera el malo y el justo vive oprimido. Ved la indignación que en nosotros excita mirar frustrada esta esperanza. Exáltase la conciencia y murmura contra su autor; gimiendo le grita: «Me has engañado».

»¡Te he engañado, temerario! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Está tu alma aniquilada? ¿Has cesado de existir? ¡Oh,

(9) Cuando llamaban los antiguos al Dios supremo *óptimus máximus*, decían verdad; pero con más exactitud se hubieran expresado llamándole *máximus óptimus*, porque su bondad procede de su poder, y es bueno porque es grande.



Bruto, oh hijo mío! ¡No mancilles en la muerte tu noble vida, no dejes en los campos de Filipo con tu cadáver tu gloria y tus esperanzas! ¿Por qué dices que nada es la virtud, cuando va la tuya a gozar el premio merecido? Piensas que vas a morir: no, vas a vivir, y entonces cumpliré yo todo cuanto te he prometido».

»Dijéramos, al oír las murmuraciones de los impacientes mortales, que les debe Dios la recompensa antes que el mérito, y que está obligado a pagar adelantada su virtud. ¡Oh! Seamos primero buenos, y luego seremos felices. No exijamos el premio antes de la victoria, ni el salario antes del trabajo. No son coronados en la liza, decía Plutarco, los vencedores de nuestros juegos sacros, sino después que la han corrida toda.

»Si es inmaterial el ánimo, puede sobrevivir al cuerpo, y si le sobrevive está justificada la Providencia. Aunque no tuviese otra prueba de la inmaterialidad del alma que el triunfo del malo y la opresión del justo en este mundo, esto sólo me quitaría toda duda. Tan manifiesta contradicción, tan chocante disonancia en la universal armonía, hiciera que procurase resolverla. Diría: No se acaba todo para nosotros con la vida, todo vuelve al orden con la muerte. A la verdad, me vería detenido con la cuestión de saber dónde está el hombre, cuando todo lo sensible que en él había es destruído; mas esta dificultad no lo es para mí, que he reconocido en él dos substancias. Muy sencillo es que percibiéndolo todo por mis sentidos durante mi vida corporal, se me esconda lo que en la esfera de éstos no se halle. Cuando se ha disuelto la unión del cuerpo con el alma, concibo que se puede destruir el uno y conservar la otra. ¿Por qué la destrucción de aquél ha de acarrear la de ésta? Por el contrario, como son de tan distinta naturaleza, se hallaban por su unión en un es-

tado violento; cuando cesa esta unión vuelven ambos a su estado natural, y la substancia activa y viviente recobra toda aquella fuerza que gastaba en mover la pasiva y muerta. ¡Ay! Demasiado me hacen sentir mis vicios, que sólo es media vida la que vive el hombre en la tierra, y que hasta la muerte del cuerpo no empieza la vida del alma.

»Pero ¿cuál es esta vida? ¿Es inmortal el alma por su naturaleza? No lo sé. Mi entendimiento limitado nada concibe sin límites; todo lo que llaman infinito se me esconde. ¿Qué puedo negar o afirmar, qué juicios formar acerca de lo que no puedo concebir? Creo que sobrevive al alma al cuerpo lo bastante para la conservación del orden. ¿Quién sabe si lo bastante para que dure siempre? Concibo, no obstante, cómo se gasta y se destruye el cuerpo con la división de sus partes; mas no puedo concebir semejante destrucción del sér pensador, y, no imaginándome de qué modo puede morir, presumo que no morirá. Una vez que me consuela esta presunción y que no pugna con la razón, ¿por qué he de recelar abandonarme a ella?

»Siento mi alma, la conozco por el sentimiento y el pensamiento; sé que existe, sin saber cuál es su esencia; porque no puedo discurrir sobre ideas que no tengo. Lo que sé es que la identidad del *yo* sólo se prolonga por la memoria, y que para ser efectivamente el mismo es preciso que me acuerde de haber sido. Ahora bien, no podría acordarme después de mi muerte de lo que he sido durante mi vida, sin también acordarme de lo que he sentido y, por consiguiente, de lo que he hecho, y no dudo que esta memoria constituya un día la felicidad de los buenos y el suplicio de los malos. En la tierra, mil ardientes pasiones absorben el sentimiento interno y acallan el remordimiento. Los desaires, los sinsabores que acarrea la práctica



de las virtudes, estorban que se sienta todo su embeleso. Pero cuando, libres de las ilusiones que nos causan el cuerpo y los sentidos, gocemos de la contemplación del Sér supremo y de las eternas verdades cuyo manantial es Él; cuando embargue todas las potencias de nuestra mente la belleza del orden, y cuando únicamente nos ocupemos en comparar lo que hemos hecho con lo que debimos hacer, entonces recobrará la voz de la conciencia su fuerza y poderío entonces el deleite puro que nace del contento de sí propio y el amargo desconsuelo de haberse envilecido, distinguirán con inagotables sentimientos el destino que cada una se hubiere preparado. No me preguntéis, buen amigo mío, si habrá otras fuentes de pena y gloria; no lo sé, y las que me imagino bastan para consolarme en esta vida y hacerme esperar otra. No digo que serán remunerados los buenos, porque, ¿qué otro bien puede esperar un sér excelente que vivir conforme a su naturaleza? Digo, sí, que serán felices, porque habiéndolos criado sensibles el autor de toda justicia, los crió para padecer, y no habiendo ellos abusado en la tierra de su libertad no han frustrado por culpa suya su destino: no obstante, han padecido en esta vida y serán, por tanto, indemnizados en la otra. Menos estriba este sentir en los méritos del hombre que en la noción de bondad que me parece inseparable de la divina esencia. No hago otra cosa que suponer la observancia de las leyes del orden, y Dios constante consigo mismo (10).

»No me preguntéis tampoco si serán perdurables

(10) No por nosotros, Dios, no por nosotros; porque sea tu gloria esclarecida, tórnanos a la vida.

las penas de los malos y si se aviene con la bondad de su autor el condenarlos a perpetuo tormento; también lo ignoro, y no tengo la vana curiosidad de profundizar cuestiones superfluas. ¿Qué me importa lo que ha de ser de los malos? Tampoco me interesa su suerte. Todavía creeré con dificultad que sean condenados a eternos suplicios. Si se venga la suprema justicia, se venga en esta vida: vosotras, oh naciones, vosotras y vuestros errores sois sus ministros. Los males que os hacéis los emplea en castigar los delitos que os los han acarreado. En vuestros insaciables pechos, roídos de envidia, de avaricia y de ambición, las vengativas pasiones castigan vuestras maldades en medio de vuestra engañosa prosperidad. ¿Para qué es necesario buscar el infierno en la otra vida si desde ésta reside en el corazón del perverso?

»Donde acaban nuestras perecederas necesidades, donde cesan nuestros dementes deseos, también deben cesar nuestras pasiones y nuestros delitos. ¿De qué perversidad han de ser capaces unos espíritus tan puros? Cuando de nada necesiten, ¿por qué han de ser malos? Si, libres de nuestros torpes sentidos, se cifra toda su felicidad en la contemplación de los seres, sólo lo bueno pueden querer: ¿y es posible que el que cesa de ser malo sea por siempre miserable? Esto es lo que me inclino a creer, sin tener afán por resolverme. ¡Oh ser clemente y bueno! Sean los que fueren tus decretos, los adoro: si en toda la eternidad castigas a los malos, mi flaca razón se anonada ante tu justicia; mas si el tiempo ha de apagar los remordimientos de estos desventurados, si han de tener fin sus males y si la misma paz nos espera a todos un día, te doy las gracias. El malo, ¿no es hermano mío? ¡Cuántas veces he tenido tentación de imitarle! Despréndase con su miseria de la malignidad que la acompañaba; sea feliz



como yo, y lejos de excitar mi envidia su dicha, la mía se acrecentará con ella.

»Contemplando de esta suerte a Dios en sus obras, y estudiándole por aquellos atributos suyos que me importaba conocer, he llegado a explayar y aumentar por grados la idea, antes imperfecta y limitada, que me formaba de este Sér inmenso. Pero si se ha hecho más noble y más vasta esta idea, también guarda menos proporción con la razón humana. Al paso que en espíritu me acerco a la luz eterna, me turba y me deslumbra su resplandor, y me veo precisado a abandonar todas las nociones terrenales que me ayudaban a imaginarla. No es ya Dios sensible y corpóreo; la suma inteligencia que gobierna el mundo no es ya el mismo mundo: en vano exalto y trabajo mi mente en concebir su incomprensible esencia. Cuando contemplo que ella es la que da actividad y vida a la substancia viviente y activa que gobierna los cuerpos animados, cuando me dicen que mi alma es espiritual y que Dios es un espíritu, me enoja este apocamiento de la divina esencia: como si fueran de la misma naturaleza Dios y mi alma; como si no fuera Dios el único sér absoluto, el único verdaderamente activo, el que siente, piensa, quiere por sí mismo, y del cual hemos recibido el pensamiento, el sentimiento, la actividad, la voluntad, la libertad y el sér. Sólo porque quiere que seamos libres, lo somos, y es su inexplicable substancia con respecto a nuestras almas lo que son nuestras almas con respecto a nuestros cuerpos. ¿Ha creado la materia, los cuerpos, los espíritus, el mundo? No lo sé. La idea de creación me confunde y excede mi capacidad; la creo hasta donde puedo concebirla; pero sé que ha formado el Universo y todo cuanto existe, que todo lo ha hecho, todo lo ha ordenado. Sin duda Dios es eterno; pero, ¿puede abarcar mi espíritu la idea de

eternidad? ¿Por qué me he de contentar con voces sin ideas? Concibo, sí, que es antes que todas las cosas, que será mientras éstas subsistieren, y más allá, si hubiese todo de acabarse un día. Si un sér que yo no concibo da la existencia a otros seres, es cosa oscura e incomprensible; pero que se conviertan por sí mismos el sér y la nada uno en otro, es una palpable contradicción y un absurdo visible.

Dios es inteligente; pero, ¿cómo lo es? El hombre es inteligente cuando discurre, y la inteligencia suprema no necesita discurre; para ella no hay premisas ni consecuencias, tampoco hay proposición: es meramente intuitiva, igualmente ve todo cuanto es y todo cuanto puede ser; todas las verdades son para ella una sola idea, como todos los lugares un solo punto y todos los tiempos un solo momento. La potencia humana obra por medios, la potencia divina obra por sí misma. Dios puede porque quiere, su voluntad constituye su poder. Dios es bueno, no hay cosa más manifiesta; pero la bondad en el hombre es el amor del orden; porque por el orden mantiene cuanto existe y liga con el todo cada parte. Dios es justo, estoy convencido de ello, y es a consecuencia de su bondad: la injusticia de los hombres es obra de ellos, no de Dios: el desorden moral, que a los ojos de los filósofos da testimonio contra la providencia, a los míos la demuestra. Pero la justicia humana consiste en dar a cada uno lo que le pertenece, y la divina en pedir a todos cuenta de lo que les ha dado.

»Y si llego sucesivamente a descubrir estos atributos de que no tengo ninguna idea absoluta, es porque camino por consecuencias forzosas y haciendo buen uso de mi razón; pero los afirmo sin comprenderlos y, en realidad, esto no es afirmar nada. En vano digo: Dios es de tal manera, lo conozco y lo pruebo; pero



no por eso concibo cómo puede ser Dios de tal manera.

»Finalmente, cuanto más me afano en contemplar su infinita esencia, menos la concibo; pero existe, eso me basta: cuanto menos la concibo, más la adoro. Humillado le digo: Sé de los seres, yo existo porque existes tú; meditando sin cesar en ti me encumbro hacia mi fuente. El uso más sublime de mi razón es anonadarse en tu presencia; el raptó de mi espíritu, el embeleso de mi flaqueza es mirarme absorto en tu grandeza.

»Habiendo deducido de esta manera las principales verdades que me importaba averiguar, fáltame ahora indagar qué máximas de conducta debo sacar de la impresión de los objetos sensibles y del sentido interno, que me incita a que juzgue de las causas según mis luces naturales, y qué reglas me he de prescribir para desempeñar mi destino en la tierra según la intención del que en ella me ha puesto. Siguiendo siempre mi método, no saco estas reglas de los principios de una recóndita filosofía; pero las hallo en lo interior de mi corazón, grabadas en indelebles caracteres por la Naturaleza. Me basta con consultarme acerca de lo que quiero hacer: todo cuanto siento que es bueno, lo es; todo cuanto siento que es malo, es malo: el mejor de todos los casuistas es la conciencia, y sólo cuando altercamos con ella recurrimos a las sutilezas del raciocinio. Nuestra primera solicitud es por nosotros mismos: no obstante, ¡cuántas veces nos dice la voz interior que obramos mal, procurando nuestro bien a costa del ajeno! Nos parece que seguimos el impulso de la Naturaleza y le resistimos; escuchamos lo que dice a nuestros sentidos y nos desentendemos de lo que grita en nuestros corazones: el sér activo obedece, el pasivo manda. La conciencia es la voz del alma,

las pasiones son la del cuerpo. ¿Es extraño que se contradigan con tanta frecuencia estos dos idiomas? ¿Y cuál debemos escuchar en tal caso? Tan a menudo nos engaña la razón, que nos sobra derecho para recusarla: mas nunca nos engaña la conciencia, que es la verdadera guía del hombre, y con respecto al alma lo que el instinto con respecto al cuerpo (11): quien la sigue obedece a la Naturaleza y no teme descarriarse. Importante es este punto, prosiguió mi bienhechor, viendo que le iba yo a interrumpir: permitid que me tenga algo más en aclararle.

»Toda la moralidad de nuestras acciones consiste en el juicio que nosotros mismos formamos de ellas. Si es cierto que lo bueno sea bueno, debe serlo en lo interior de nuestro corazón, como en nuestras obras, y la paga primera de la virtud es conocer uno que la practica. Si la bondad moral es conforme con nuestra naturaleza, no puede el hombre tener sano y bien

(11) La filosofía moderna, que sólo admite lo que explica, se guarda de admitir esta obscura facultad llamada *instinto*, que encamina, al parecer, sin conocimiento alguno adquirido, a los animales hacia un fin. Según uno de nuestros más juiciosos filósofos, no es otra cosa el instinto que un hábito privado de reflexión, pero que se ha adquirido reflexionando, y del modo como explica estas reglas se debe colegir que reflexionan más los niños que los hombres; paradoja tan extraña que no merece la pena de examinarla. Sin meterme aquí en esta discusión, pregunto qué nombre habré de poner al ardor con que hace mi perro la guerra a los topes que no come, a la paciencia con que los está acechando a veces horas enteras y a la habilidad con que los agarra, los saca de la tierra así que asoman y los mata; dejándolos luego, sin que nadie le haya enseñado esta caza, ni le haya dicho que allí había topes. También pregunto, y esto importa más, por qué la primera vez que amenacé a